



Pentecostés – Pasión por la Misión Global

Sr. Anna Damas, SSpS

La Brisa del Espíritu

Una Marca Registrada de Dios Espíritu Santo es que, ella hace nueva todas las cosas. Donde está el Espíritu, hay vida renovada, movimiento y cambio inesperado. Después de todo, las Buenas Noticias son NOTICIAS, y un apóstol es un mensajero con algo nuevo e importante para comunicar. Nada es viejo como el periódico de ayer. Y así, los misioneros son por naturaleza comunicadores de lo que la gente necesita escuchar HOY; No ayer.

No es de extrañarse que la misión y la actividad misionera deben cambiar y evolucionar constantemente para mantener el mensaje actualizado y nuevo. Nuestra Congregación fue fundada en la era del gran avivamiento misionero en Europa. San Arnoldo sintonizó con el nuevo espíritu misionero, que recorrió la Iglesia en Europa. Es sorprendente, como fue impulsado por la iniciativa y el entusiasmo de laicos como Pauline Jaricot, Auguste Sartorius y Heinrich Hahn, quienes fundaron asociaciones para apoyar a los misioneros en China y en otros lugares a través de contribuciones financieras y la oración. Arnoldo Janssen también formó parte de este movimiento y lo promovió activamente. En algunos países, se establecieron seminarios misioneros para la formación de sacerdotes que estuvieran dispuestos a servir "en las misiones", como se llamaba entonces. Pronto, se fundaron congregaciones misioneras, totalmente dedicadas a la obra misionera en el extranjero. Ese era un nuevo tipo de vida religiosa. Y fue asombroso por varias razones. En primer lugar, la Iglesia Católica estaba bajo una fuerte presión de los gobiernos nacionalistas. Los conventos fueron cerrados a la fuerza, y sólo a las congregaciones con escuelas y hospitales se les permitió continuar su trabajo. En segundo lugar, estaba el enorme problema de la pobreza a raíz de la industrialización. Con problemas tan masivos en casa, ¿por qué alguien se preocuparía por la misión en el extranjero? También fue nueva la participación de las mujeres en el trabajo misionero, un área anteriormente reservada a religiosos y clérigos masculinos. La idea de las misioneras era tan novedosa que Helena Stollenwerk tuvo problemas para encontrar un lugar donde pudiera esperar ser enviada a China.

De "ad gentes" a "inter gentes" a dónde?

Naturalmente, el contexto temporal de nuestra fundación, ha encaminado nuestra comprensión de la misión. En primer lugar, es "*missio ad gentes*" – *gentes* que significa aquellos que aún no conocen a Cristo en "otras" partes del mundo. (Volveremos al "otro" más adelante.) De alguna manera, esto ha vinculado nuestra idea de misión a la geografía: ser misionero significa ser enviado a otro lugar. Hablamos de las Hermanas de nuestra Provincia que trabajan en otros lugares como "nuestras misioneras". Damos un mandato misionero y tenemos ceremonias de envío a las misiones para aquellas que se dirigen a servir en otro país. Estamos orgullosas de estar presentes en muchos países del mundo.

Sin embargo, esta comprensión misionera anterior al Vaticano II del personal misionero especial que trabaja en los llamados países misioneros, se ha derribado. En las décadas posteriores al Vaticano II, hubo un entusiasmo renovado.

Nos despertamos a la realidad de que la misión no es un camino de sentido único desde Europa y América del Norte a otros lugares, sino que la misión es *inter gentes*. Este concepto de misión también, sin embargo, todavía está de alguna manera ligada a la geografía. Y la geografía, en un mundo digital globalizado, ya no cuenta mucho. Ya no es la geografía lo que nos define, sino la movilidad social, la migración y la participación en las comunidades digitales.

Entonces, cuando hablamos ahora de "Misión Global", ¿qué significa? En todo el mundo, ¿es decir, la totalidad geográfica? Nuestro 14to Capítulo General (2014) fue un gran descubrimiento, en el sentido de que dejamos de lado el círculo geográfico y nos abrimos a una comprensión más contextual de la misión. En un capítulo anterior, África había sido declarada continente prioritario al que debían canalizarse los recursos financieros y el personal. Las capitulares consideraron que esto era ciertamente lo acertado, pero, no hacía justicia a las realidades multifacéticas del continente africano; involuntariamente cubrió a toda África bajo el estereotipo de "pobres y necesitados" El Capítulo pasó a una nueva comprensión de la misión como situacional: la misión es dondequiera que el Espíritu de Dios invite a nuestra presencia para dar testimonio de su poder sanador y reconciliador. El Capítulo recalcó la expresión de nuestro ser "cómplices del Espíritu" dotados de una nueva conciencia planetaria globalizada.

Si la Misión lo es todo, ¿qué es entonces la Misión?

La amplia declaración del Vaticano II, de que la Iglesia es misionera por su propia naturaleza, trajo un renovado entusiasmo por la evangelización. Nuestra Congregación se movió con vigor hacia nuevos ministerios, como ser, el trabajo pastoral en parroquias y comunidades cristianas; En una variedad de trabajo social, nos unimos a la gente para sacudirnos la opresión de la pobreza y la injusticia. Fuimos liberados y empoderados por una nueva comprensión teológica de nosotras mismas. Nuestras primeras Constituciones todavía decían que nosotras, como las mujeres que apoyaban a Jesús y a los Apóstoles, éramos las ayudantes y apoyo para los misioneros "reales", es decir, el clero. Ahora entendemos nuestro Ser como misioneras en el sentido pleno.

Han florecido nuevas teologías de la misión. La misión fue liberada de su encierro eclesiológico y se convirtió en *missio Dei*, participación en la propia misión de Dios, para realizar el Reino de Dios. La Misión ya no era predicar, enseñar y bautizar, sino que llegó a incluir las dimensiones del desarrollo humano, la liberación, la justicia, la reconciliación y recientemente, soberanía de la creación.

Sin embargo, de una manera sutil, esta abundancia de nuevos conceptos de misión, no es solo un signo de vitalidad, sino, también de crisis. Se necesitan nuevas definiciones y descripciones sobre la misión porque ninguna parece lo suficientemente completa como para abarcarla toda y tampoco satisface realmente. Porque si todo lo que la Iglesia es y hace es misión, ¿Qué es entonces la misión? Si cada Cristiano es un misionero, ¿Quiénes son entonces los misioneros?

¿Ir a todas partes o no ir a ninguna parte?

Nuestra generación fundadora no tenía ninguna duda al respecto: dejar mi familia y mi país para no volver a verlos nunca más; comer comida extraña para siempre y vivir según costumbres extranjeras; enfrentar una muerte prematura debido a enfermedades tropicales o violencia; En resumen: ofrecer mi vida de una

manera real, todo vale la pena. Porque si no voy a las misiones, la gente de allí permanecerá sin bautizarse y en consecuencia, perderá la salvación. Esta fue una poderosa motivación. Especialmente para las misioneras; otra fuerte fuente de motivación fue la compasión y la piedad por aquellos privados de los logros de la civilización europea, es decir, la educación / escuelas y la atención médica.

El Vaticano II dejó ir la vieja máxima "*extra ecclesiam nulla salus*" y abrió las puertas de la salvación también para los no cristianos. Por lo tanto, esta fuente motivacional se secó, por así decirlo. Los misioneros pasaron de ser salvadores de almas, a ser levadura y agentes del Reino de Dios dondequiera que naciera. La otra motivación con tinte caritativo y social, de ir "a las misiones" continuó en el trabajo de desarrollo misionero y la preocupación por la justicia y el desarrollo humano. Como Congregación, hemos diversificado mucho nuestros apostolados. Ya no servimos a la gente principalmente a través de nuestras escuelas y hospitales, sino en una gran variedad de profesiones y actividades que promueven el desarrollo espiritual y social de la persona. Tenemos Esperanza de servir más y más a la Creación herida también.

Si bien estos cambios han traído mucha vida nueva a nuestra Congregación, también han surgido nuevos interrogantes. La misión está en todas partes y en todo; La misión está a la vuelta de la esquina, y en cada persona que conozco. Eso hace que sea difícil priorizar nuestro trabajo. Sí, la misión lo es todo, pero no podemos hacerlo todo, entonces, ¿qué elegir? La misión está en todas partes, y no necesitamos mudarnos de casa para ser misioneros. Entonces, ¿qué pasa con nuestros mandatos y nombramientos de misión? ¿Por qué deberíamos dejar nuestro país de origen, idioma y cultura cuando esto lleva gran parte de nuestra energía y recursos financieros, y cuando podríamos trabajar de manera más eficiente en nuestro propio entorno cultural?

Bloques de construcción para la misión global

Como Congregación, necesitamos una conversación sobre nuestra comprensión de la misión; o más precisamente: sobre la comprensión de *nuestra* misión. Una comprensión que puede alimentar nuestra pasión por lo que estamos haciendo. Esto implica tomar decisiones; porque si toda la Iglesia es misionera, nosotras, como una sola Congregación, no podemos abarcar todo. Tampoco "misión global" puede significar "en todo el planeta". No tenemos los números y, además, como hemos visto, no es deseable regresar a una comprensión geográfica de la misión.

¿Cuáles podrían ser algunos bloques de construcción de una nueva visión de nuestra misión? En busca de una respuesta, ¿por qué no comenzar con Jesús: ¿Cómo llevó Jesús a cabo su misión?

A. Misión como hospitalidad

Jesús era un fiestero, tanto que, personas religiosas respetables le miraban con desdicha (Mt 11:19). Fue a las bodas, no insistió en las prácticas de ayuno (Mt 9:14), y aceptó invitaciones a cenar con fariseos piadosos y pecadores públicos por igual. En sus parábolas, Jesús se basó en la teología de la sabiduría del Antiguo Testamento para comparar el Reino de Dios con un banquete de bodas al que todos están invitados, especialmente aquellos considerados indignos e insignificantes. Comer con los pequeños y despreciados fue un acto profético de Jesús. La comunión en la mesa era un cuadro viviente de lo que significaba el Reino de Dios. Ser un invitado en la mesa de alguien era el poderoso vehículo de Jesús para la evangelización.

Es sorprendente que, durante su ministerio terrenal, Jesús prefirió el papel del huésped, no del anfitrión. Se dejó invitar y se invitó a sí mismo (Lc 19,5). (Con la excepción de los relatos de la multiplicación del pan cuando Jesús alimenta a las multitudes; estos, sin embargo, son narraciones posteriores a la resurrección con connotaciones eucarísticas proyectadas de nuevo en la vida terrenal de Jesús. Solamente frente a la muerte venidera, Jesús se convierte en el anfitrión de la Última Cena. Este es, por así decirlo, el punto de inflexión: después de la Pascua, Jesús se aparece a sus discípulos en el papel de anfitrión (en la orilla del lago; en Emaús).

Jesús quería que sus discípulos siguieran su "método". Cuando los envió a la misión, les aconsejó que fueran huéspedes y se alojaran con la gente y aceptaran su comida (Lc 10: 7-8). Entonces, ¿podría ser este un modelo de misión para nosotras también, y qué implicaría?

En primer lugar, implicaría un cambio de mentalidad y una inversión de roles. Nos apreciamos en el papel de anfitrión. Por una buena razón; La hospitalidad está en el corazón de la vida religiosa. La Carta a los Hebreos (13:2) exhorta: "No se olviden de mostrar hospitalidad a los extraños, porque al hacerlo algunas personas han mostrado hospitalidad a los ángeles sin saberlo". San Benito prescribió que cada invitado debe ser recibido como Cristo en persona. En la Edad Media, los monjes y monjas proporcionaban a los viajeros y peregrinos comida, refugio y atención médica. Las palabras hospital, hotel, albergue recuerdan esta tradicional hospitalidad del Convento. En nuestra labor misionera, a menudo atendemos a la gente: a los pobres, a los ignorantes, a los vulnerables, a los que no tienen fe o tienen una fe débil. Les invitamos a compartir nuestra mesa de abundancia. Ciertamente, ésta es una intención buena y generosa ordenada por la caridad cristiana. A veces, sin embargo, puede crear problemas cuando nosotros somos los proveedores exclusivos y los demás meros receptores de asistencia social. O cuando todo acaba en el aspecto material y nadie se interesa por la fe que queremos compartir. O cuando pensamos que sólo somos relevantes cuando tengo algo para dar (ya sea dinero o respuestas a los problemas).

En segundo lugar, el misionero como huésped implicaría que nos vemos como peregrinos en movimiento. Un huésped, por definición, no está en casa. Un huésped no lleva consigo toda su casa, sino sólo lo estrictamente necesario, y para el resto depende de la hospitalidad que se le conceda. Aunque se le diga: "Siéntete como en casa", el invitado debe respetar y adaptarse a las costumbres observadas en el hogar del anfitrión. La invitada puede traer un regalo, pero ante todo recibe lo que el anfitrión tenga para compartir.

Por otro lado, el invitado tiene algo importante que aportar. Imaginemos tiempos pasados, sin periódicos ni TV, y mucho menos Internet: la gente dependía de los viajeros para cualquier noticia de más allá de la valla de su pueblo. Un invitado puede aportar mucha alegría y entusiasmo cuando tiene buenas noticias e historias interesantes para contar. Puede sacar a la gente de la monotonía y el aburrimiento de su rutina. Puede abrir una ventana al mundo

Timothy Radcliffe, OP, cuenta la historia de su cohermana Marie-Dominique Chenu, célebre teóloga. La mayoría de las tardes, salía a visitar a artistas, políticos, académicos o a cualquiera que le invitara. A su regreso, cuando se encontraba con un joven cohermano tomando el aperitivo antes de irse a la cama, le preguntaba: "¿Qué has aprendido hoy? No, en la universidad no. ¿En la mesa de quién te has sentado?". El misionero no es necesariamente el que hace toda la charla interesante. Una buena misionera puede encontrarse escuchando y aprendiendo. Al fin y al cabo, ése es el significado de discípulo = aprendiz. Actualmente estamos redescubriendo la dimensión de escucha del discipulado en el proceso sinodal.

En el tiempo de Joseph Freinademetz como joven seminarista en Brixen fue probablemente una buena preparación para su misión en China. Tuvo que encontrar la manera de conseguir sus comidas diarias. El arreglo era, que comería cada día de la semana como huésped en una familia diferente. Imagínese lo que significa adaptarse a cada una de esas familias, participar en sus conversaciones, mostrar agradecimiento... En China viajaría por los pueblos, sería allí el huésped; sería huésped en casas de otras congregaciones, huésped de administradores chinos, personal colonial...

La espiritualidad misionera de ser-un-invitado se expresa en nuestra vida intercultural. No estamos en casa cuando vivimos y servimos en otro país. Ni siquiera estamos en casa en nuestras propias comunidades, en las que tenemos que desprendernos a diario de nuestras preferencias y costumbres.

B. La misión como movimiento hacia el otro

Recuperar el espíritu de Jesús, el predicador itinerante y de la Iglesia primitiva (Bernabé y Pablo, Prisca y Aquila, Junia y Apolos, y tantos otros) implica movilidad. La misión global es, ante todo, una mentalidad. Significa no dejarse absorber por los problemas y asuntos locales. Sí, hay que afrontarlos; pero algunos miembros de la comunidad local deben quedar libres para llegar a las comunidades cristianas de otros lugares, y a los que aún no han oído hablar de Cristo (Hch 13,2-3) El movimiento hacia el exterior (ir en misión a otro lugar) se convierte en la expresión física del movimiento interior: de la absorción con mí y nuestras realidades locales, a la realidad más amplia. La realidad de los demás; la realidad del "Otro" - ésta es la dirección en la que nos impulsa el Espíritu (cf. Hch 16:6-10, la visión de Pablo del macedonio).

Dios se nos revela como totalmente Otro. Por eso Dios puede encontrarse de manera privilegiada en el encuentro con el otro. Un encuentro profundo con otra persona, otra realidad, otra cultura, será siempre una experiencia de Dios, por dolorosa que sea.

La pasión por la misión global, en este sentido, significa la pasión por buscar a Dios en el otro, en lo extraño y desconocido. Para nosotros, como seres encarnados, esta experiencia será más fácil cuando cambiemos física y drásticamente nuestro entorno familiar, es decir, cuando vayamos a otro lugar. Este "otro lugar" también puede ser justo, la puerta de al lado, con gente con la que normalmente no me relaciono; que tiene otros intereses, otra perspectiva de la vida.

Pero no basta con cambiar de lugar. Puedo llevarme sin esfuerzo mi mundo familiar a cualquier lugar del planeta; Internet lo hace más fácil que nunca. La mente de la misión global, por el contrario, siempre mirará más allá de lo familiar hacia el Extranjero-Dios que se revela a mí de maneras inesperadas. Nuestras dificultades para adaptarnos a otra cultura y nuestras dolorosas experiencias de vida intercultural puede que no sean una mala señal, después de todo. Significan simplemente que el Extranjero-Dios me está llamando, invitándome a salir del círculo que he trazado a mi alrededor y que llamo "hogar".

Para reflexionar y compartir:

Nuestra generación fundadora se sustentó con una visión y una motivación clara. Sus vidas dan testimonio de su pasión por la misión. ¿Qué me alimenta e impulsa a vivir mi vida misionera de la manera en que lo hago? ¿Cuáles son para mí las preguntas abiertas?

¿Dónde nos sentamos -como Congregación, como comunidades y como Hermanas individuales- en la mesa del otro? ¿Cuál es mi experiencia de ser un invitado en la vida de los demás?

¿Cuál es mi experiencia personal con los traslados y la mudanza de un lugar a otro? ¿Cómo me ha afectado psicológica y espiritualmente?

Lee Hechos 16:6-10, la visión de Pablo sobre el macedonio. ¿Quién podría ser el otro, que me/nos llama para que nos acerquemos?